

un jefe árabe, llamado Mansour-Ben-Daer, se-
tiene la campaña al frente de 6,000 ginetes y
exige la destrucción del kasnadar.

PARTE POLITICA

MADRID 16 DE AGOSTO DE 1864.

No cabe duda alguna en que con mas ó
menos esperanzas de éxito se agitan los
partidos extremos y revolucionarios.

No sabemos quienes son los que intentan
subvertir el orden público.

No abrigamos la intención de constituir-
nos en denunciantes. No bastan tampoco
las sospechas y recelos para deducir denun-
cias determinadas, ni se ha dicho jamás que
pueda llamarse denuncia el expresar el tem-
or de que existan insensatos que conciben
proyectos de subversión y de desorden.

La democracia europea hace años que se
revuelve en una perpetua agitación. En la
Italia aspira a una unidad absoluta, sobre la
ruina del poder temporal del Pontificado.

En Austria intenta sublevar el Veneto y
la Hungría. En Rusia escita a los defensores
de la independencia, mezclando así una
causa justa y santa con la obra trastorna-
dora y subversiva del orden en Europa.

En Francia, caso de triunfar, proclama-
ría la república, viniendo en pos de ella los
delirios del Luxemburgo, el derecho al tra-
bajo, el derecho de asistencia, el impuesto
progresivo y todos los absurdos con que los
innovadores radicales intentan modifica-
ciones profundas en la propiedad inmueble y
en el repartimiento de la renta ó de los pro-
ductos, lo que, como conocen nuestros lec-
tores, produciría un cambio radical en las
bases fundamentales de la civilización mo-
derna.

En España no es difícil calcular lo que
desean los partidos revolucionarios.

Hay quienes aspiran tan solo al cambio
de la dinastía y de la Constitución, hay
quienes no se contentan sino con la aboli-
ción del régimen monárquico y quienes, por
último, sueñan con todos los delirios de la
democracia socialista, extendida por toda
Europa, la de Mazzini, la de Ledru Rollin,
la de Víctor-Hugo y otros ilusos modernos,
ya que no merezcan otro nombre.

¿Debemos conocer temores hoy en Espa-
ña de que los trastornadores consigan rea-
lizar sus proyectos?

Nos parece que no; y hé aquí los mo-
tivos.

En otras épocas, en 1835, en 1856, en
1840, en 1854, había causas, circunstancias,
pretextos, pasiones mas ó menos fun-
dadas en alguna justicia que movían la opi-
nión, que excitaban los ánimos, que alarma-
ban los intereses y que, así, en los espíritus
como en la sociedad, producían la inquietud,
el desasosiego, el malestar y ese conato y
fiebre latente de cambios y mudanzas, cual-
quiera que sean, y que tanto facilitan y
favorecen las revoluciones, ó por mejor de-
cir, los trastornos.

Hoy no existe nada de eso. El país se
siente bien. Se ha visto administrar con
acierto por espacio de seis años. El orden se
ha mantenido sin detrimento de la verdade-
ra libertad. Las leyes se han respetado: la
libertad individual no ha sufrido ataques. El
crédito del país tomó aumentos y creces. La
riqueza se ha desarrollado. Todos los inte-
reses materiales han recibido protección y
fomento. Se han construido carreteras y
ferrocarriles. Se han mejorado los puertos;
se ha engrandecido nuestra marina, que re-
nace como en los tiempos de Enseñada. La
guerra de África, la de Cochinchina y el
pago de algunas deudas internacionales nos
ha dado importancia en el exterior.

El país ve todo esto, sabe todo esto, es
testigo de lo que pasa, compara, juzga y
hace justicia.

Las naciones no son las pandillas, ni los
sonadores políticos, ni los ideólogos socia-
listas, ni los ambiciosos, ni los especulade-
res de la idea.

Los pueblos modernos han vestido, con la
ruda lección de los sucesos y los amargos
desengaños de tantos trastornos infernales,
la toga viril en política. Saben á quienes
han de creer y de quienes han de desconfiar.
Han adquirido ya la práctica y la expe-
riencia de la vida, y son muy positivos en
sus juicios. No se les hará creer que ahora
deben estar mas descontentos que cuando la
libertad civil no se respetaba y las leyes eran
ludibrio del poder, ó cuando la anarquía se
enseñoreaba de la sociedad, y según una
expresión gráfica, se contaban los días por
los molines.

No se les convencerá de que aquellos
tiempos eran preferibles á los en que la li-
bertad civil se respetaba, las Cortes delibe-
raban ocho meses al año, los presupuestos
se discutían anualmente y la ley política era
una verdad.

No basta para tal empresa todo el arte de
los descontentos, de los revolucionarios ni
de los ilusos por las utopías democráticas ó
socialistas.

Los labradores, los comerciantes, los hom-
bres industriales, los que viven de su capi-
tal, de sus profesiones, de sus oficios ó de
su trabajo saben que solo el orden protege
sus intereses y que la revolución y el tras-
torno solo aprovechan y sirven de instru-
mento á la ambición ó á la fiebre irracional
ó infundada por las innovaciones y aventuras
peligrosas.

No les harán creer que ahora hay motivos
que justifiquen un trastorno. El orden se
mantiene sin esfuerzo y sin violencias. La
libertad bien entendida existe en el orden
civil y político. El país prospera: la riqueza
se desenvuelve: las vías de comunicación se
multiplican y todo hace augurar un porve-
nir mas venturoso.

Cierto es que algunos sucesos exteriores ó
interiores parecen nublar en estos días al-
gun tanto el cielo de esta brillante perspec-
tiva. La guerra de los Estados Unidos in-
fluye de un modo maldito en nuestras An-
tillas, y aun en Cataluña. La guerra de San-
to Domingo devora nuestras rentas y hace
derramar la sangre de nuestros valientes
soldados. Una crisis general en Europa, mo-
netaria y semi-comercial, influye también
en nuestros cambios, en nuestro comercio y
en nuestro crédito.

Pero el país sabe que estos son eventos de
la fortuna, invencibles para los gobiernos y
para todos los poderes públicos, y que el
medio de atenuar el efecto de esos males
no son los trastornos, sino la conservación
del orden y el establecimiento de gobiernos
fuertes, respetables y respetados.

No; no hay ahora motivos que justifiquen
ni puedan disculpar siquiera una revolución,
y el país le comprende y lo sabe.

La revolución de 1854 triunfó porque en
aquella época el primer revolucionario fue
la opinión pública.

La que se intentaba en 1864 no triunfa-
ría de ningún modo, cualquiera que fue-
sen los partidos y los hombres que la inten-
taran, porque la opinión hoy es anti-revolucio-
naria en todo el país, y contra la opinión
pública no puede prevalecer una revolución
insensata, concebida solo por enemigos de-
clarados, sepálo ellos ó no, de la prosperi-
dad, auge y engrandecimiento de la Es-
paña.

INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE.

Como con la oportuna anticipación habia-
mos anunciado á nuestros lectores, S. M. el
Rey salió á las cuatro de la madrugada del
sábado de la estación de Villalba para asistir
á la inauguración de la línea del Norte y se-
guir su viaje á la capital del vecino imperio.

Antes de salir de la Granja recibió S. M. el
Rey en audiencia de despedida. La recepción,
á la que concurrieron las personas residentes
en San Ildefonso que por su categoría podían
verificarlo, terminó en breve, y pocos momen-
tos después salió toda la familia real para Se-
govia, de donde regresó á palacio á las diez
de la noche.

A la estación de Villalba fueron acompa-
ñando al señor ministro de la Gobernación,
para despedir á S. M., las primeras autorida-
des de Madrid y el subsecretario de Goberna-
ción, Sr. Elduayen, que volvieron en el mis-
mo día.

Con S. M. el Rey van, como se habia anun-
ciado, los ministros de la Gobernación y de
Fomento (quienes dejarán á S. M. después de
haber asistido á la inauguración total del fer-
ro-carril del Norte), los grandes de España,
gentiles-hombres de S. M. señores marques
de Santa Cruz y duque de Montezuma; el cuar-
to militar de S. M. el Rey que dirige el bravo
y caballero general Lemery, el inspector
general de palacio Sr. Oñate y otras per-
sonas.

El domingo á las cinco de la tarde salieron
de la corte para asistir á la inauguración del
ferro-carril del Norte gran número de perso-
nas invitadas por la empresa. Entre ellas se
veían ex-ministros de la Corona, diputados,
senadores, periodistas, profesores, literatos,
señores funcionarios de la administración y re-
presentantes de todas las corporaciones y es-
tablecimientos del Estado.

La prensa se ha asociado á este acto solem-
ne preparado por la ciencia y el trabajo. Asis-
tieron á la ceremonia oficial, si la memoria no
nos es infiel, en representación de La Epoca,
el Sr. Escobar; de El Eco del País, los señores
Chinchilla (D. Joaquín y D. Juan); de La Po-
lítica, el Sr. Díez; de El Contemporáneo, el
Sr. Becquer; de El Diario Español, el Sr. Vi-
llalba; de La Democracia, el Sr. Carrascon;
de El Reino, el Sr. Fernandez y Gonzalez (D. Mo-
desto); de El Pueblo, el Sr. Palacio; de La
Razon Española, el Sr. Sawa; de La Libertad,
el Sr. Ortega; de La Regeneración, el Sr. Pe-
ra; de Cuestión, el Sr. Ancoara; el Sr. Andrés
y Hernández; de La Esperanza, el Sr. Vidolsola;
de El Espíritu Público, el Sr. Losada; de La
Correspondencia, los Sres. Bravo y Campos;
de Las Noticias, el Sr. Rodríguez-Correa.

En Valladolid tomaron el tren unas cuarenta
personas. También estaban representados
los periódicos El Norte y Eco de Castilla, El
Valenciano, Diario de Barcelona, Siglo Indus-
trial y Gaceta de los señores de hierro.

El Rey llegó á Valladolid á las ocho y media
de la mañana.

Recibióle en la estación las autoridades
y varias comisiones.

La comitiva marchó al palacio, abriendo la
marcha los cadetes de caballería.

El Rey vestía el uniforme de capitán ge-
neral é iba en carreta tirada por cuatro ca-
ballos.

Seguían á esta los coches de las autoridades
y de las comisiones, municipalidad, Diputa-
ción provincial, cabildo y Audiencia.

La tropa estaba tendida en la carrera; las
calles enarenadas, los balcones adornados, y
por todas partes se veía un gran gentío.

Entró el Rey en palacio á las nueve menos
cuarto.

Almózo, oyó misa, que dijo el señor arzobis-
po, y descansó para proseguir su viaje.

En la capital de Castilla la Vieja S. M. el
Rey entregó al gobernador una cantidad para
que la distribuyera entre los pobres de Vallado-
lid.

En Burgos saludaron á S. M. el Rey, á su
paso, ayer por aquella ciudad, todas las auto-
ridades y corporaciones y los señores magis-
trados que forman la sala extraordinaria que
actúa en tiempo de vacaciones. El señor re-
gente y el señor fiscal de la Audiencia de
Burgos acompañaron á S. M. hasta la fron-
tera.

Las seis y media de la tarde del 14 pasó
S. M. por Miranda de Ebro. A la estación del
ferro-carril acudieron á recibirla y felicitarla
las autoridades de las provincias Vascongadas
y el señor obispo de Calahorra.

A las ocho de la mañana del día siguiente
llegó á la estación de Olazaguita y empezó á
recorrer las nuevas obras de la línea, que prin-
cipian en aquel punto.

Ayer á las doce de la mañana llegó S. M.
felicemente á San Sebastián, donde fue recibida
con inmenso júbilo y donde concurrió la
comisión de Vizcaya, compuesta de los señores
D. Manuel de Urrutia y Beltrán, diputado
general de turno; D. Antonio Lopez de Calle,
padre de provincia, y D. José de Zubizarra,
sindico del Señorío, que, con otras comisiones
de Alava y Guipúzcoa, esperaban á S. M. para
saludarle. También esperaban allí el infante
D. Enrique, los marqueses del Duero y de la
Habana, el conde de Euzelpeta y las autorida-
des de la provincia.

Casi al mismo tiempo llegó el tren con los
convidados franceses, entre los que iban
Mr. de Persigny y varios hombres notables de
la banca, de la ciencia y de la política.

La estación estaba muy bien dispuesta; á
los lados se levantaban grandes tribunas para
el público; en el centro se hallaba la tribuna
real y enfrente la capilla, todo vestido con ter-
ciopelo.

El tren de los expedicionarios llegó á las diez,
y el tren real llegó á las once y media; el di-
rector de la empresa, en nombre de la misma,
dirigió á S. M. una alocución entusiasta.

El Ayuntamiento de San Sebastián saludó
también á S. M. por boca de uno de sus indi-
viduos. La concurrencia era inmensa: había
muchas señoras de la aristocracia.

Una vez el Rey en su tribuna y ocupadas
las demas por una concurrencia extraordinaria,
cantó un solemne Te-Deum, acompañado
por órgano y orquestas y un coro de
hombres y mujeres. El señor obispo de Vito-
ria ocupó las gradas del altar y bendijo las lo-
comotoras, que cubiertas de banderas france-
sas y españolas y guirnaldas de flores avanza-
ron al compás de sus roncós silbidos.

Terminada la ceremonia religiosa, el pue-
blo guipuzcoano dio rienda á su comprimido
entusiasmo, y los mas atronadores vivas á
nuestros Reyes llenaron el espacio. Fue sido un
momento de verdadera explosión de que todo
el mundo participó.

S. M. el Rey pasó después al gran salón del
banquete, hermosamente preparado, á espal-
das de la estación.

S. M. tuvo á su derecha al ministro de Fo-

mento y á D. Emilio Pereira, y á su izquierda
al ministro de la Gobernación y á D. Isaac
Pereira.

La comida fue magnífica.

La población de San Sebastián estaba vesti-
da de gala. Por todas partes se veían cora-
das y banderas. En el puerto había regatas
por esta tarde, y para la noche se preparaba
una gran iluminación.

Los dos puertos de tránsito estaban abar-
rotados con colchaduras. A la entrada de Vito-
ria, Tolosa y San Sebastián había elegantes
arcos.

La empresa del ferro-carril del Norte ha
estado y sigue estando pagando hasta un pun-
to indecible, y ha conseguido que el acto
celebrado sea sumamente en todos conceptos.

Las obras de la vía hoy inaugurada son
verdaderos monumentos para los fastos de las
construcciones modernas.

S. M. salió á las tres en dirección á Irun,
llegando á las cuatro á la estación francesa de
Hendaye, donde subió en el tren imperial,
siendo aclamado y vitoreado con entusias-
mo. Allí fue recibido por Mr. Tachet de la
Pugerie, el general Voulozy, comandante
interino de la division de Burdeos, y por el
prefecto del departamento de la Gironda.

Cartas que recibimos de París nos aseguran
que la fiesta que se dará al Rey de España
en Versalles no será el 17, según se habia
anunciado, sino el 20. Mil treinta entradas se
han distribuido para el teatro de aquel pa-
lacio, y á la fecha de las últimas noticias no se
sabía aun positivamente si la fiesta dada en
el parque seria pública ó se limitaría solo á
10,000 el número de los invitados. Para los
fogos artificiales se están construyendo apa-
ratos, de modo que estos imiten perfecta-
mente los que se quemaban en tiempo de
Luis XIV.

La gran comida que darán los emperadores
franceses al Rey D. Francisco no será en las
Tullerías, según se ha dicho; sino en el pa-
lacio de Saint-Cloud. También se asegura
que han empezado á repartirse invitaciones para
un baile en Saint-Cloud, que se verificará el
día 19. Este baile reemplazará, según se ase-
gura, á la anunciada fiesta en el palacio del
Ayuntamiento. Exigiéndose uniforme para
asistir á la fiesta de Versalles, se ha determi-
nado que se considere como tal el traje que
usan los alumnos de los liceos, á fin de in-
vitir á los últimamente laureados.

El general Genlis, comisionado por el em-
perador para recibir en la frontera al Rey de
España, estará á las órdenes de S. M. durante
su permanencia en Francia.

Grande es en verdad la responsabilidad que
pesa sobre el partido progresista, á quien no
sin fundamento, por desgracia, llama nuestro
colega El Diario Español verdadero motor de
la inquietud que hoy pueda haber venido á
perturbar la opinión y de las alarmas que es-
tos últimos días hemos presenciado. Grande
es, en efecto, la responsabilidad de un parti-
do que en un momento dado puede aparecer
como autor y causa de graves trastornos y de
conflictos cuya funesta huella no se consigue
borrar muy pronto en el seno de una socie-
dad que ha sido conmovida en sus cimientos.

Y esa responsabilidad, esa culpabilidad, di-
gámosla así, que ya hoy empezamos á pasar su-
bire la conciencia del progresismo y que ma-
ñana acaso pesará mucho mas, se aumentan
considerando la falta absoluta de razón y de
moviles levantados á dignos con que sea par-
te del progresismo el mover. Porque, en efec-
to, el siempre es un cargo para los partidos el
exhibirse como razón determinante de un mo-
vimiento revolucionario, mucho mas solemne
y mucho mas grave, ese cargo cuando no
hay para él justificación posible, ni ante el pre-
sente, ni ante el porvenir, ni ante la historia.

Pues bien: si hoy el progresismo proveyera y
consumara una revolución, ¿cómo se justifi-
caría ante el país de haberla provocado y con-
sumado?

Se sabe que el progresismo, en la parte tur-
bulenta á que nos referimos, quiere, busca y
anuncia la revolución. Pero ¿en nombre de
qué la quiere? ¿Por qué inmensa y patriótica
razón la busca? ¿En virtud de qué principio
de salvación política la anuncia? Esa revolu-
ción, ese bello ideal del progresismo, ese
completo cambio de cosas, de hombres y de
sucesos á que el progresismo parece ciega-
mente dedicado, ¿qué nos prometen, qué nos
darán, qué nos remediarán? Esta es la cues-
tión esencial y suprema; esta debiera serlo
también para el progresismo. Si el progresis-
mo hubiera buscado antes que nada para su
conducta la autorización, la legitimidad moral
de los principios, nada tendríamos que pedir-
le, nada tendría el país que echarle en cara,
nada podría temer del juicio del porvenir.

Mas el progresismo revolucionario de hoy es
el progresismo revolucionario de siempre.
Apenas si, salvo el impulso egoísta y mezqui-
no de ciertas ambiciones personales, se des-
cubre algo en el fondo de ese pavoroso cua-
dro revolucionario en cuyo primer término
aparece. El primer paso, la primera etapa, el
objeto inmediato del progresismo es el derri-
bar la actual situación política, el vencer en
este Gabinete á la unión constitucional, al parti-
do liberal conservador, que está, digámoslo
así, enseñando el progreso al progresismo,
siendo mas progresivo y mas progresista que
el progresismo y que ha hecho ya y está ha-
ciendo en nuestras mejoras políticas y admi-
nistrativas lo que el progresismo no ha rea-
lizado con sus mejores obras tradicionales. ¿Y
es este todo el fundamento moral de esa gran-
de, de esa necesaria, de esa imprescindible y
vital revolución de que el progresismo quiere
ser á la vez trompeta y palanca, augur y sol-
dado, anuncio y actor?

Convenimos con El Diario Español en que
la responsabilidad del progresismo ante el país
es hoy deplorablemente grande.

Cada día se hace sentir mas la necesidad de
que se reorganicen los elementos conserva-
dores liberales en nuestro país. El Eco del País,
que participa de este convencimiento, que va
siendo ya general, recuerda que hay enfrente
un enemigo que combatir, poderoso no por
su fuerza y su prestigio, sino por su tenaci-
dad, por el sistema de guerra que ha adopta-
do, por la facilidad con que prosigue de las
mas altas consideraciones para realizar su idea
destructora y anárquica.

Lamentamos nuestro colega de las repugna-
tes personalidades de todo género que diaria-
mente se leen en la prensa, del singular em-
peño que se advierte en prostituirlo todo.

Difamación, dice, contra el union liberal,
difamación contra el antiguo y moderno parti-
do moderado; empeño tenaz en que se per-
suada el país de que está viviendo envilecido
mientras consista en el poder hombres que
no sean polacos, progresistas ó demócratas;
empeño en desacreditar también á la nación
para con otras naciones: esta es la política de
la oposición. Demandarle ideas, nobles pro-
pósitos, un sistema bueno ó malo, político ó
administrativo, es demandar un imposible;
como no lo tiene no lo puede dar. Cuando un
ejército es derrotado en una batalla decisiva
y los restos no se someten al vencedor, los
soldados se convierten en bandidos; los restos
de los antiguos partidos en España andan dis-
persos también y viven del pillaje político: aquí
tenemos también nuestro brigandaje como
en los antiguos dominios de Francisco I: no
hay mas diferencia sino que aquí todavía
no se ha empleado el trabuco, pero no hay
cuidado que la pluma le está preparando el
terreno divinamente.

Tal se encuentra hoy la prensa entre no-
tros, que nuestro colega cambiaria gustoso
por la americana. Y aun esto le importaria
poco, porque la prensa lleva el descrédito en su
propio desenfreno. Tampoco debería inspirar
gran cuidado los trabajos de que se pactan
alianzas monstruosas, hacen alarde de despa-
char las leyes, oyen impasibles tremendas acu-
saciones sin levantar la voz para justificarlas;
de los que se arrojan la credulidad del vulgo para
convencerle de que en España no hay mas
horizonte que el de la revolución.

Pero si son impotentes para provocar una
lucha en que de seguro serian vencidos, en
cambio se propaganda y puede ser mas fune-
sta: á fuerza de repetir un día y otro los
mismos absurdos acaban por estraviar el
buen sentido del pueblo, por pervertir todo
sentimiento moral, acaban con el amor al
orden, logran el propósito de que la liber-
dad se confunda con la licencia, de que las
masas se acostumbren á crear que solo en la
revolución está el remedio de sus males,
y entonces ¿qué será de la religión, del
Tremor, de las demás instituciones que son in-
dispensables en todo país bien organizado?
Un pueblo cuyo instinto se perverta, como se
intenta pervertir el del nuestro, no tiene sal-
vación posible; su fin inevitable es la anar-
quia.

Ahora, termina diciendo nuestro colega,
que el mal se encuentra en su principio, es la
ocasión de evitarlo; el gobierno puede conse-
guirle con su energía, seguro de que merece-
rá el aplauso de los hombres de recto cora-
zon y acrisolado patriotismo: no le importen
ni el ardite las censuras de esos patriotas, sin
mas armas ni mas idea que el estándar: lo prime-
ro es el deber, y ninguno hay tan sagrado co-
mo salvar á la sociedad de las asechanzas de
que está siendo víctima. Raca esto es preciso
que atendamos todos á la primera necesidad,
que es la conciliación de los elementos con-
servadores-liberales, única garantía que hoy
tienen los intereses públicos.

Cuando es de tal género y tan activa la gue-
rra que se nos hace, no podemos estar despre-
ocupados: preciso es que nuestros actos des-
mientan todas sus afirmaciones y destruyan
todas sus calumnias; que devolvamos al país
la confianza que ellos quieren arrebatarnos; que
la propaganda salvadora se oponga á la que
envuelve la ruina y que todos nuestros pen-
samientos, todos nuestros actos, se dirijan á la
salvación del país.

Un interés mas alto que el de partido nos
lleva á aconsejar esta conciliación, que es á
todas luces la primera de nuestras necesida-
des. Reflexionen sobre la situación que atra-
vesamos los que la consideran como una uto-
pia y acabarán, es seguro, por darnos la razón
y ayudar eficazmente á la realización de nues-
tro patriótico deseo.

La discusión se abre de lo que llama las
designaciones del conservadismo. La polémica
entre La Epoca y El Correo y la de los otros
diarios liberales-conservadores por una parte,
y por otra ciertos órganos del modernismo
histórico, parece á La Discusión de todo pa-
lido absurdo en el fondo y en la forma. La Dis-
cusión niega igualmente que gobernar sea
transigir; niega ó resiste; después de denegar
esta, tres fórmulas del debate hasta aquí
empastado, el diario democrático no tiene
otra media para sustruirs de dudas; para en-
señarnos la plana y para resolver, como
quien dice, de una plumada la cuestión, que
el decimos con una seriedad admirable: go-
bernar es obrar.

Esta verdad axiomática, si bien no habla
mayor al en favor de los recursos de polémica
con que el nuestro colega, es en cambio
de tan pequeño valor filosófico y político para
la contienda, que la abandonamos desde las
primeras páginas de La Discusión misma. Con-
fiamos: no nos parece dudoso el que deba
cercarse desde el principio de la sociedad
todo gobierno haya sido un hecho, como lo
han sido todas las manifestaciones que ha pro-
moverido el desenvolvimiento de la civilización
universal.

Pero no es de esto lo que se trata; por lo
mismo que gobernar es obrar, el criterio de
cada escuela, de cada partido, tiene el supre-
mo interés de definir las condiciones con
que ese hecho debe realizarse. Se obra transien-
do, se obra previendo, se obra resistiendo;
pero ¿cómo se obra mejor? Esta es la cues-
tión. Que La Democracia, por ejemplo, que
la parte sonadora y dada á las abstracciones
de la doctrina democrática se contentara con de-
cirnos que gobernar es obrar, lo comprendi-
ríamos; pero que La Discusión, tan amiga
de las realidades y de examinar la cuestiones en
esferas mas prácticas, se haga cómplice volun-
tario en esta confusión de lo que, ó es una
vulgaridad, ó una escusa, eso no lo entendemos,
no queremos entenderlo. Por esto, pues,
esperamos nos diga clara y terminantemente
La Discusión qué requisitos ha de tener esa
suprema función social que se llama gobierno
para cumplir sus altos deberes y para sentar
una teoría ó definición y irrefutable.

La causa que se instruye con motivo del
comato de sedición del regimiento de Saboya
se halla aun en poder de los defensores de los
reos. Anteayer estuvo en poder del coman-
dante Sr. La Guardia, defensor del teniente
Sr. Baena, y ayer la habrá despachado tam-
bién el teniente Sr. de Teresa Nougar, de-
fensor del sargento Rodríguez. Hoy y mañana
pasará á manos de los Sres. Alberico y Ariza-
ga, tenientes de Saboya y defensores de los
sargentos Trillo y García.

A pesar de la premura con que previene la
ordenanza militar que se hagan las defensas,
estas serán tan cumplidas como las pudiese
formular el mejor reputado jurista.

La petición fiscal en la causa del regimen-
to de Saboya se ha hecho pública por algu-
nos círculos, y según La Correspondencia se
pide en ella para el teniente Sr. Baena dos
meses de castigo, y para los sargentos, que
pasen á cumplir el tiempo de su empeño en
el regimiento Pijo de Ceuta.

Decididamente el jueves es el día señalado
para celebrar el consejo de guerra que ha de
dar su fallo.

Acudiendo LA DEMOCRACIA á su habitual
recurso habla hoy de las habilidades de La Epoca,
de sus ministerialismos condicionales y de
otra porción de cosas por el estilo, y todo
porque hemos dicho que el gobierno no tiene
ese miedo que ciertos adversarios se esfuer-
zan en atribuirle. Nuestro colega nos permiti-
rá, sin embargo, que persistamos en nuestra
creencia: el gobierno podía haber dejado rea-
lizarse los planes abortadores y haberles
impuesto inmediatamente el escarmiento y
correctivo que merecían; pero el gobierno,
evitando todo acto subversivo y anepuñi-
doso á la intención de ciertos gentes, lejos de
mostrar un miedo ridículo que no podía te-
ner, ha cumplido con un deber supremo ga-
rantizando ante todo la estabilidad del sosie-
go público. Esto podrá no ser del agrado de
La DEMOCRACIA, pero esto es la verdad de los
hechos, que el país sabrá apreciar como me-
rece.

Está visto que LA ESPAÑA, á trueque de re-
ñir para siempre con su habitual prudencia y
hasta con el sentido común, se empeña en
hallarnos siempre en contradicción con nos-
otros mismos. Porque tratando de examinar
las razones en que pretende hoy apoyarse
ciertos elementos trastornadores, nos hemos
apresurado á tributar un homenaje de respec-
to y verdadera consideración á nuestra escuela

Reina y al esquisito tacto con que está siendo
moderada de monarcas constitucionales, LA ES-
PAÑA nos llama subversivos, inconvenientes y mas
alarmistas que todos los revolucionarios de ofi-
cio. LA ESPAÑA se cansa en vano, pues lo que
esto consigue, en último término, es causarnos
risa. No riñan, pues, LA ESPAÑA con su tradi-
cional ensañamiento, y considere que á los que no
halla nos llamamos conservadores, no nos es
lícito llevar la mala intención á cierto terreno.

Bice un colega, con fundada razón, que la
excitación dirigida por el ministro de la Gue-
rra al marques de los Castillejos para que se
dirigiera al ferro-carril por camino distinto
del señalado en los periódicos progresistas,
excitación dial juzgada por algunos, por des-
conocer los motivos en que se fundó, recono-
ciendo por causa una en extremo sencilla. El go-
bierno sabia positivamente que los progresis-
tas, ayudados esta vez por los demócratas, lo
tenían todo dispuesto para hacer de la despedi-
da del general Prim una manifestación política
de esas que se llaman pacíficas, y á las que
por lo tanto concurrían, no solo los hom-
bres políticos, sino los curiosos, los desocupa-
dos, y cuántos ven en una novedad, sea de la
clase que quiera, una diversión.

Con arreglo á la ley sobre reuniones públi-
cas últimamente votada por las Cortes, el go-
bierno no podía permitir, sin desdoro de esa
misma ley y desprestigio de la autoridad, que
se repitiesen las alocuciones á que dio lugar el
entierro del Sr. Muñoz Torrero.

Hubiera sido, pues, necesario para impedir
que la ley quedase burlada, el empleo de la
fuerza pública, y entonces no hubieran pade-
cido solo los autores de la manifestación, sino
las mujeres, los niños, los simples curiosos
y cuántos accidentalmente pasaran por las
calles.

En esta alternativa, el gobierno escogió el
medio mas natural y sensato, escuchando al ge-
neral Prim á que, mudando el itinerario, evi-
tase la manifestación, lo que no impedía que
sus amigos fuesen á despedirle á la estación
del ferro-carril con libertad, completa y en el
número que tuvieran por conveniente, por-
que el gobierno no tenía interés en impedir la
despedida ni la ovación, sino en conservar el
orden público y el prestigio de la ley.

Haciéndose cargo de lo dicho por los órga-
nos de los puros sobre medidas terroristas,
asegura LA CORRESPONDENCIA que no se ha pen-
sado en tomar medida alguna adterremum,
ni se ha hecho ninguna prisión política, ni
hay en este momento el mas leve temor de
que logren turbar el orden los que indecible-
mente trabajan contra él y á los que se vigila
muy de cerca.

Como la mayor parte de nuestros colegas,
vamos con gusto que todos los periódicos sen-
satos, lo mismo de Madrid que de provincias,
cuando se trata de la cuestión de orden pú-
blico, hacen abstracciones de sus respectivas
opiniones y prestan su apoyo moral al go-
bierno.

La presencia del subsecretario de la Gobe-
rnación, Sr. Elduayen, en la estación del fer-
ro-carril del Norte en el momento de partir
anteayer el general Prim, comentada por los
periódicos progresistas, se debió á la casuali-
dad de haber tenido el Sr. Elduayen que ir á
despedir á personas de su amistad que mar-
chaban á la inauguración de la línea del

El domingo á las seis de la tarde ha llegado
á Vigo el vapor Isla de Cuba con la corres-
pondencia de la Habana y 237 pasajeros, en-
tre ellos algunos licenciados y penados. Ha
invertido

Ministerio de Educación y Ciencia

Se ha concedido el Regium exequatur al Sr. Barón de Franco, conde de Béglos en Vico, y a los Sres. D. Florencio Schmidt y D. José de la Calleja y Llano, condes de los Países-Bajos nombrados respectivamente en Bilbao y Santander.

En la hermosa y forosísima huerta de Novelda se ha hecho por un propietario un ensayo en el cultivo del algodón que ofrece los mejores resultados.

Suponemos que en vista del éxito obtenido en ese ensayo, el año próximo veremos en aquel término extendido en mayor escala ese cultivo, que acaso podrá ofrecer grandes utilidades a los agricultores.

Ha sido nombrado por S. M. don de Badojos el Sr. D. José María Leal, dignidad de arcebispo de aquella iglesia.

En breve se dictarán algunas disposiciones encaminadas a evitar los abusos y fraudes que suelen cometer en cuanto al pago algunos vendedores, y especialmente los tahoneros, y es muy posible que se hagan públicas estas medidas por medio de un bando que se llevará a cabo sin la menor consideración.

En las afueras de la puerta de Atocha se está demoliendo el terreno donde se ha de construir el gran edificio destinado a la escuela de ingenieros de caminos.

Las obras proyectadas en el nuevo edificio que ocupa el colegio de artillería van a proseguirse, y terminadas que sean quedará convertido en uno de los primeros establecimientos que de su clase hay en España.

La subasta anunciada para el 19 del corriente en la casa de moneda de esta corte para contratar las obras de fábrica necesarias en el montaje del generador del vapor y máquinas-herramientas del departamento de máquinas de dicha casa de moneda, se verificará el 29 del presente mes a las doce de su mañana.

La Gaceta de ayer inserta varias listas de acreedores al Estado por débitos procedentes de la deuda del personal para que acudan a la tesorería de la Dirección general de la deuda, de diez a tres en los días no feriados, a cobrar los créditos de dicha deuda que se han remitido a virtud de las liquidaciones practicadas por la ordenación general de pagos del ministerio de Gracia y Justicia.

En el mes de junio último ha sido el precio medio de la fanega de trigo 48,91; cebada 21,24; centeno 30,77; maíz 35,67; garbanzo 27,72; arroz 25,21; aceite 59,52; vino 19,36; aguardiente 52,99; carne 2,06 la libra; vaca 2,12; tocino 3,67; paja de trigo 2,41 la arroba, y de centeno 2,14.

El precio máximo del trigo en dicho mes ha sido 80 rs. fanega Pravia, y el mínimo 27,50. Almendralaje: el máximo de la cebada 43, en Salas (Oviedo), y el mínimo 11,50, Almendralaje.

CORREO DE PARIS.

El tiempo y las esperanzas.—España y Francia. —Un apretón de manos.—La intimidad.—Reseñas al Rey de España.—La Saint-Napoléon.—Los Inválidos.—La iluminación fantástica.—Mañana y ayer.—La cuestión europea en una fabula.—La legión de honor y los candidatos a la cinta encarnada.—Los teatros y la libertad.—Espectáculos comunes.—El palacio de justicia.—Un niño precoz.—Dos contra uno.

«Por qué no volará el tiempo», se dicen los que con la reciente impresión de la España caballerescas que la literatura parisiense ha evocado en la Francia estos últimos días, después de asistir a la representación de *El Nuevo D. Quijote* de Sardou, aguardan el momento en que el sílido de la locomotora repita la famosa frase de Luis XIV: «Ya no hay Pirineos». «Por qué no volará el tiempo», repiten los que agorados con un billete de favor aguardan dentro de breves horas las impresiones de un pintoresco viaje por esa España que la leyenda ofrece a la imaginación con todas las aventuras que el hidalgo manchego buscaba por los campos de Montiel. «Por qué no volará el tiempo», añaden los parisienses y los pacíficos habitantes de Saint-Cloud y Versailles que esperan las magníficas fiestas que la corte de Francia ha dispuesto en honor del augusto conde de la Reina de España.

Ello es que desde hace algunos días puede decirse que el papel español se cotiza en la imaginación francesa a un tipo elevadísimo.

Los dos grandes acontecimientos: la venida del Rey y la unión de las naciones vecinas, traen revueltos a todos los que viven de la novedad, y los días parecen años. ¡Tanto tarda en llegar el aspirado instante!

Pero el día 16 está a la vuelta como quien dice, un paso más, y la Francia y la España se darán un cordial apretón de manos en el camino, los franceses seguirán hasta Madrid, los españoles hasta París, y al volver a encontrarse la amistad será íntima: unos y otros habrán jugado una mala pasada a los Pirineos probándoles que la civilización es capaz de conmovir la piedra y de hacerlos dueños hasta de los corazones de roca.

Los más favorecidos por la suerte rodearán al Rey de España, asistirán a los festejos que en su obsequio ha ideado el hada de la elegancia y del buen gusto y la gran fiesta del 16 de agosto tendrá un nuevo atractivo para los parisienses.

Esta fiesta es el verdadero ensueño... iba a decir de un poeta, pero es aun más, el ensueño de una mujer hermosa que sabe soñar.

El cañón de los Inválidos, cuyo rónico sonido parece el eco de todas las glorias de la Francia, anuncia el día del placer a los parisienses.

La gran explanada que domina el edificio donde descansan las cenizas del capitán del siglo, se cubre como por encanto de preciosas barracas, improvisados teatros, de tiendas ambulantes todas adornadas con oriflamos, banderas tricolores y ondeantes gallardetes. Los jardines de las Tullerías se echan a perder, los pretiles de los malecones se inundan de curiosos para presenciar las regatas, la explanada de los Inválidos ofrece infinitos espectáculos, desde el monstruo de la fantomía que se exhibe hasta la pantomima militar de los dos teatros al aire libre: pero lo sorprendente, lo poético, lo maravilloso es la iluminación. Los jardines de Armiada, las noches nebulosas no son más que un detalle de esta gran fantasía de la luz y de los colores; pero ¿qué anticipar una descripción que cronistas más autorizados que yo, o que tal vez yo mismo tendré que hacer con gusto para los lectores de *La Esfera* dentro de breves días?

Sin duda poseído de la misma enfermedad que sentimos aquí, el deseo de llegar a esos días que nos esperan, me hace fijar los ojos en el mañana cuando mi obligación se habla del ayer.

Este ayer fugitivo ha dejado en mis apuntes recuerdos entre los cuales podré escoger algunos para contar a los lectores lo que pasa en París. En los círculos de la alta literatura está llamando la atención una preciosa fabula con que el distinguido académico Mr. Viennet ha juzgado la guerra de Austria y Prusia contra Dinamarca. Es a la vez un apólogo y una fina sátira, como podrá deducirse del ligero resumen que voy a hacer de esta composición.

Según el fabulista, cuatro gozques se pusieron de acuerdo para devorar un cordero, pero cuando estaban tratando del asunto se presentaron dos lobos con el propósito, según manifestaron, de defender a la inocente víctima. Estos dos lobos, el lector lo presume, lo que querían era reservarse la presa. El corderillo a quien los cuatro gozques habían amedrentado, se vio en mayor peligro al descubrir a sus defensores y comenzó a pedir auxilio.

A sus voces acudieron infinidad de perros de todas clases y a la cabeza de ellos un estrado galgo que prorumpió en desaforados gritos, diciendo: «Señores lobos, dejen Vds. a ese desgraciado; y el bueno del galgo (la Inglaterra) continuó su peroración, mas que para proteger al cordero, con el fin de poner de su parte a otros dos perros, el tito de Siberia (Rusia) y el otro un precioso lebel (la Francia). Adviniendo los lobos los sentimientos íntimos de estos tres perros, hablaron al cordero, diciéndole entre otras cosas: «Pobre amigo, no esperes ningún socorro de estos protectores. Nosotros dos no somos tigres ni osas que lo parezcas, déjate de tonterías, danos una pata nada más y no volveremos a molestarte contigo.»

La proposición no agradó mucho que digamos a la víctima, y esto se comprende; razón por la cual defendió su pata hasta más no poder; pero el galgo, que tanto había gritado, enderezó al cordero el siguiente sermón: «Es verdad que tienes derechos sobre esa pata, derechos que tus enemigos niegan, pero la necesidad nos obliga a ceder. ¿Qué es una pata si consigues salvar el resto? Ya ves, las aves no tienen más que dos, y a pesar de eso viven. Quiere decir que, en vez de andar con cuatro, andarás con tres.»

El cordero se lamenta diciendo para su pellejo que para esto no había necesidad de tanto aparato ni conferencia; pero no hay más remedio, y doblando la cabeza exclama: «¿Cómo ha de ser! Vengan los lobos y llévense mi pata; pero bien entendido que solo doy hasta la corva.»

—Pues es claro, dice el galgo: no faltaba otra cosa... Hasta la corva y gracias... Si no, me enfadaré y...

Pero en este momento todos los gozques salen a la palestra y reanuda la pata entera, alegando que es una pata de origen caínico y que les pertenece.

El pobre cordero huye, corre, se aniquila, hace cuanto puede por defender al menos media pata, y al oír sus gritos dice el galgo riéndose con el cuello muy erguido:

—«Ese cordero hace mal en querer conservar su pata! Le dejaré defenderla hasta donde pueda... Pero si los lobos se empeñan en cortarle hasta el brazuelo, él amenaza con su cabeza... ¡oh! entones...»

Al oír estas palabras, añadió el fabulista, el cielo, la tierra y sus ecos respondieron con una inmensa carcajada.

Mr. Viennet ilustra su apólogo con algunas reflexiones, pero se abstiene de predicar un desengaño desconocido todavía.

Esta fabula, que ha recorrido la Europa, ha sido y es el objeto de la conversación en los altos círculos políticos y literarios.

También se habla en estos últimos días de las próximas condecoraciones que se distribuirán entre los publicistas políticos, novelistas y poetas con motivo de la fiesta del emperador; y según las noticias más autorizadas obtendrán esta señalada distinción, además de los redactores de *El Cohete*, *El Pícaro*, *El Deseo*, de los de *La Patrie*, *MM. Dron* y *Boileau*, y del de *La France*, Mr. Garin; los críticos de literatura y bellas artes, *MM. Chesnar* y *Parville*, de *El Constituyente*; Mr. de Saint Valry, de *El País*; *monseñor Rouville*, de *La France*; *MM. Menault* y *Boillot*, de *El Moniteur*; los novelistas *Paul Féval* y *Ponsón* de *Terrail*; los autores dramáticos *Louis Halévy* y *Pailleres*, y *Mr. Montigny*, director del *Gimnasio*; *Mr. Chille*, director del *Ambigu*, y *Mr. La Rounat*, director del *Odéon*. Los agraciados conseguirán uno de sus mayores triunfos, porque la cinta encarnada de la Le-

gion de Honor es el sueño dorado de todos los que sueñan en este país.

Los teatros siguen en un estado alarmante. La libertad los ha herido de muerte, porque la libertad es mi concepto es una de esas medicinas afortunadas que solo surten efecto en las naturalezas raras y robustas.

Los directores no saben qué hacer para llamar al público. Después de lanzarse sobre el repertorio alisado errando hallar en él una mina, han visto que la mina hace agua y ahora no saben a dónde volver los ojos.

Emilio Augier ha presentado al teatro Francés una comedia, *Jorge Sand* o *la Odeón*, pero que son dos gotas de agua, aunque sean perlas, en el océano de la literatura dramática.

Los autores-fabricantes están entusiasmados con la esperanza de que muy en breve podrán en poco tiempo y por poco dinero visitar la España, conocer sus tradiciones y utilizar su repertorio.

El D. Quijote de Bardou ha abierto su apetito y no será extraño que los grandes industriales se trasladen a esa nación acompañados de la cámara oculta y de los *Diálogos en francés y en español* de Ochoa para ofrecer vistas y figuras en la linterna mágica de algunos de los teatros, que mas que al arte rinden culto a la óptica.

Pero si los teatros andan desanimados, en cambio el ocio tiene en París infinitos espectáculos. El Palacio de Justicia abre todos los días seis u ocho salas donde se representan comedias y dramas al natural con gran contentamiento de los aficionados a emociones.

Días pasados era una joven inglesa, rubia, melancólica, poética, lo que no impedía que aprovechase la ocasión para escaquear los portamonedas de los bollos; al siguiente era una industrial que abastecía con los gatos que podía pesarse en las altas horas de la noche los restaurantes, batidos, con lo que se ha probado que eso de dargato por liebre no es solo una locución, sino una verdad en el comercio culinario parisiense: todas las *petites industries* pasan por estas salas del palacio, todos los caracteres, todas las aberraciones: ¿qué mayor distracción?

Hace dos días que se representó, siempre en el mismo sitio, una comedia infantil.

El tribunal condenó a cuatro años de encierro a un muchacho de doce años, que a pesar de su corta edad, principia a conquistar un puesto muy importante entre los *pick pocket* de París.

Este angelito aprendió de platero y tuvo la desfachatez de fugarse de la casa en donde servía con dos magníficos medallones de oro que su amo conservaba como oro en paño.

Obligado a presentarse al tribunal, se estableció el siguiente diálogo entre el joven aprendiz y el presidente:

—Niño, dijo este, se es acusa de haber robado algunas alhajas a vuestro amo.

—O al contrario, señor presidente, que todos se engañan de medio a medio sobre este asunto, contestó el joven con mucho desparpajo. ¿Qué doce años!

—Todos, excepto vos, ¿no es verdad? añadió el presidente.

—Por supuesto.

—Pero es lo cierto que os habéis escapado de la casa en donde trabajabais después de haber efectuado el robo.

—Me escapé, es cierto, pero fue a impulsos de un puntapié que me arrojó uno de los oficiales, que no puede verme ni pintado.

—En seguida os marchasteis a casa de un pa-

riente, donde habéis vivido por espacio de quince días.

—Eso no prueba nada, señor presidente.

—Cuando se os echó el guante, lanzasteis una insolente carcajada, diciendo que no podíais sunderos nada; contabais con la protección de un general.

—Mariscal, si gustais.

—Por fin se averiguó que vuestro tutor era simplemente un herrador a quien habíais servido en otro tiempo.

—¿Y eso qué prueba? que he padecido una equivocación? yo era que era mariscal de campo ó sea vegetal, y es herrador, ó sea mariscal animal. Cualquiera se equivoca.

La desfachatez, la malicia, la poca vergüenza del niño daba lástima y al mismo tiempo irritaba.

Sus contestaciones eran saludadas por el público con murmullos de desaprobación. Cuando la naturaleza se desnaturaliza causa horror.

Borremos esta impresión.

El marqués de B., un hombre tan feo como ingenioso, tiene un sobrino que es un Apolo de Belvedere, pero tan hueco como la célebre estatua.

El tio quería casarle con una dama distinguida, y hablando noches pasadas con ella en el circo de la Emperatriz, le dijo:

—Mi sobrino la ama a V., ¿no es cierto?

—Aunque lo fuera, respondió la señora, ya usted comprende que no le haría caso.

—Pero por qué, si es tan buen mozo?

—Porque es un tonto... con decir que ni siquiera sabe hablar.

—Eso no importa, y es tanto mi deseo de verle unido a V., que si V. quiere yo hablaré y le aconsejaré.

No hay para qué decir que el bondadoso tio perdió la acción empeñada con la elegante dama.

X.

Mañana Santos Pablo y Juliana y San Anastasio. Concluye el jubileo en la iglesia de religiosas Benedictinas de San Plácido.

La temperatura máxima de ayer ha sido 27° a la sombra, 36° al sol y la mínima 14°, 5 de Reaumur.

El BANCO DE PROPIETARIOS ha trasladado sus oficinas a la calle del Príncipe, núm. 40, piso bajo.

MONTE-PIU UNIVERSAL.

COMPANIA DE SEGUROS MUTUOS SOBRE LA VIDA.

Dirección general, en Madrid, calle de la Magdalena, núm. 2.

Situación de la Compañía en 31 de mayo de 1864: Pólizas 77.273.—Capital suscrito, reales vellón 350.573.060.—Títulos del 3 por 100 diferido comprados, reales 226.202.300.

Pueden hacerse las suscripciones de modo que no se pierda el capital impuesto ni aun por muerte del socio asegurado.

Todo el que desee ingresar en la Compañía puede dirigirse a las oficinas de la dirección ó a sus representantes en provincias, y se facilitarán prospectos y cuanta explicación pidan.

Ejemplos prácticos tomados de la liquidación de 1862.

Supervivencia: Suscripciones únicas de 1857, han obtenido el 185 por 100 de beneficio.—Idem de 1858, el 135 por 100 de id.—Id. de 1859, el 135 por 100 de id.—Id. de 1860, el 135 por 100 de id.—Id. de 1861, el 135 por 100 de id.—Id. de 1862, el 135 por 100 de id.—Id. de 1863, el 135 por 100 de id.—Id. de 1864, el 135 por 100 de id.—Id. de 1865, el 135 por 100 de id.—Id. de 1866, el 135 por 100 de id.—Id. de 1867, el 135 por 100 de id.—Id. de 1868, el 135 por 100 de id.—Id. de 1869, el 135 por 100 de id.—Id. de 1870, el 135 por 100 de id.—Id. de 1871, el 135 por 100 de id.—Id. de 1872, el 135 por 100 de id.—Id. de 1873, el 135 por 100 de id.—Id. de 1874, el 135 por 100 de id.—Id. de 1875, el 135 por 100 de id.—Id. de 1876, el 135 por 100 de id.—Id. de 1877, el 135 por 100 de id.—Id. de 1878, el 135 por 100 de id.—Id. de 1879, el 135 por 100 de id.—Id. de 1880, el 135 por 100 de id.—Id. de 1881, el 135 por 100 de id.—Id. de 1882, el 135 por 100 de id.—Id. de 1883, el 135 por 100 de id.—Id. de 1884, el 135 por 100 de id.—Id. de 1885, el 135 por 100 de id.—Id. de 1886, el 135 por 100 de id.—Id. de 1887, el 135 por 100 de id.—Id. de 1888, el 135 por 100 de id.—Id. de 1889, el 135 por 100 de id.—Id. de 1890, el 135 por 100 de id.—Id. de 1891, el 135 por 100 de id.—Id. de 1892, el 135 por 100 de id.—Id. de 1893, el 135 por 100 de id.—Id. de 1894, el 135 por 100 de id.—Id. de 1895, el 135 por 100 de id.—Id. de 1896, el 135 por 100 de id.—Id. de 1897, el 135 por 100 de id.—Id. de 1898, el 135 por 100 de id.—Id. de 1899, el 135 por 100 de id.—Id. de 1900, el 135 por 100 de id.—Id. de 1901, el 135 por 100 de id.—Id. de 1902, el 135 por 100 de id.—Id. de 1903, el 135 por 100 de id.—Id. de 1904, el 135 por 100 de id.—Id. de 1905, el 135 por 100 de id.—Id. de 1906, el 135 por 100 de id.—Id. de 1907, el 135 por 100 de id.—Id. de 1908, el 135 por 100 de id.—Id. de 1909, el 135 por 100 de id.—Id. de 1910, el 135 por 100 de id.—Id. de 1911, el 135 por 100 de id.—Id. de 1912, el 135 por 100 de id.—Id. de 1913, el 135 por 100 de id.—Id. de 1914, el 135 por 100 de id.—Id. de 1915, el 135 por 100 de id.—Id. de 1916, el 135 por 100 de id.—Id. de 1917, el 135 por 100 de id.—Id. de 1918, el 135 por 100 de id.—Id. de 1919, el 135 por 100 de id.—Id. de 1920, el 135 por 100 de id.—Id. de 1921, el 135 por 100 de id.—Id. de 1922, el 135 por 100 de id.—Id. de 1923, el 135 por 100 de id.—Id. de 1924, el 135 por 100 de id.—Id. de 1925, el 135 por 100 de id.—Id. de 1926, el 135 por 100 de id.—Id. de 1927, el 135 por 100 de id.—Id. de 1928, el 135 por 100 de id.—Id. de 1929, el 135 por 100 de id.—Id. de 1930, el 135 por 100 de id.—Id. de 1931, el 135 por 100 de id.—Id. de 1932, el 135 por 100 de id.—Id. de 1933, el 135 por 100 de id.—Id. de 1934, el 135 por 100 de id.—Id. de 1935, el 135 por 100 de id.—Id. de 1936, el 135 por 100 de id.—Id. de 1937, el 135 por 100 de id.—Id. de 1938, el 135 por 100 de id.—Id. de 1939, el 135 por 100 de id.—Id. de 1940, el 135 por 100 de id.—Id. de 1941, el 135 por 100 de id.—Id. de 1942, el 135 por 100 de id.—Id. de 1943, el 135 por 100 de id.—Id. de 1944, el 135 por 100 de id.—Id. de 1945, el 135 por 100 de id.—Id. de 1946, el 135 por 100 de id.—Id. de 1947, el 135 por 100 de id.—Id. de 1948, el 135 por 100 de id.—Id. de 1949, el 135 por 100 de id.—Id. de 1950, el 135 por 100 de id.—Id. de 1951, el 135 por 100 de id.—Id. de 1952, el 135 por 100 de id.—Id. de 1953, el 135 por 100 de id.—Id. de 1954, el 135 por 100 de id.—Id. de 1955, el 135 por 100 de id.—Id. de 1956, el 135 por 100 de id.—Id. de 1957, el 135 por 100 de id.—Id. de 1958, el 135 por 100 de id.—Id. de 1959, el 135 por 100 de id.—Id. de 1960, el 135 por 100 de id.—Id. de 1961, el 135 por 100 de id.—Id. de 1962, el 135 por 100 de id.—Id. de 1963, el 135 por 100 de id.—Id. de 1964, el 135 por 100 de id.—Id. de 1965, el 135 por 100 de id.—Id. de 1966, el 135 por 100 de id.—Id. de 1967, el 135 por 100 de id.—Id. de 1968, el 135 por 100 de id.—Id. de 1969, el 135 por 100 de id.—Id. de 1970, el 135 por 100 de id.—Id. de 1971, el 135 por 100 de id.—Id. de 1972, el 135 por 100 de id.—Id. de 1973, el 135 por 100 de id.—Id. de 1974, el 135 por 100 de id.—Id. de 1975, el 135 por 100 de id.—Id. de 1976, el 135 por 100 de id.—Id. de 1977, el 135 por 100 de id.—Id. de 1978, el 135 por 100 de id.—Id. de 1979, el 135 por 100 de id.—Id. de 1980, el 135 por 100 de id.—Id. de 1981, el 135 por 100 de id.—Id. de 1982, el 135 por 100 de id.—Id. de 1983, el 135 por 100 de id.—Id. de 1984, el 135 por 100 de id.—Id. de 1985, el 135 por 100 de id.—Id. de 1986, el 135 por 100 de id.—Id. de 1987, el 135 por 100 de id.—Id. de 1988, el 135 por 100 de id.—Id. de 1989, el 135 por 100 de id.—Id. de 1990, el 135 por 100 de id.—Id. de 1991, el 135 por 100 de id.—Id. de 1992, el 135 por 100 de id.—Id. de 1993, el 135 por 100 de id.—Id. de 1994, el 135 por 100 de id.—Id. de 1995, el 135 por 100 de id.—Id. de 1996, el 135 por 100 de id.—Id. de 1997, el 135 por 100 de id.—Id. de 1998, el 135 por 100 de id.—Id. de 1999, el 135 por 100 de id.—Id. de 2000, el 135 por 100 de id.—Id. de 2001, el 135 por 100 de id.—Id. de 2002, el 135 por 100 de id.—Id. de 2003, el 135 por 100 de id.—Id. de 2004, el 135 por 100 de id.—Id. de 2005, el 135 por 100 de id.—Id. de 2006, el 135 por 100 de id.—Id. de 2007, el 135 por 100 de id.—Id. de 2008, el 135 por 100 de id.—Id. de 2009, el 135 por 100 de id.—Id. de 2010, el 135 por 100 de id.—Id. de 2011, el 135 por 100 de id.—Id. de 2012, el 135 por 100 de id.—Id. de 2013, el 135 por 100 de id.—Id. de 2014, el 135 por 100 de id.—Id. de 2015, el 135 por 100 de id.—Id. de 2016, el 135 por 100 de id.—Id. de 2017, el 135 por 100 de id.—Id. de 2018, el 135 por 100 de id.—Id. de 2019, el 135 por 100 de id.—Id. de 2020, el 135 por 100 de id.—Id. de 2021, el 135 por 100 de id.—Id. de 2022, el 135 por 100 de id.—Id. de 2023, el 135 por 100 de id.—Id. de 2024, el 135 por 100 de id.—Id. de 2025, el 135 por 100 de id.—Id. de 2026, el 135 por 100 de id.—Id. de 2027, el 135 por 100 de id.—Id. de 2028, el 135 por 100 de id.—Id. de 2029, el 135 por 100 de id.—Id. de 2030, el 135 por 100 de id.—Id. de 2031, el 135 por 100 de id.—Id. de 2032, el 135 por 100 de id.—Id. de 2033, el 135 por 100 de id.—Id. de 2034, el 135 por 100 de id.—Id. de 2035, el 135 por 100 de id.—Id. de 2036, el 135 por 100 de id.—Id. de 2037, el 135 por 100 de id.—Id. de 2038, el 135 por 100 de id.—Id. de 2039, el 135 por 100 de id.—Id. de 2040, el 135 por 100 de id.—Id. de 2041, el 135 por 100 de id.—Id. de 2042, el 135 por 100 de id.—Id. de 2043, el 135 por 100 de id.—Id. de 2044, el 135 por 100 de id.—Id. de 2045, el 135 por 100 de id.—Id. de 2046, el 135 por 100 de id.—Id. de 2047, el 135 por 100 de id.—Id. de 2048, el 135 por 100 de id.—Id. de 2049, el 135 por 100 de id.—Id. de 2050, el 135 por 100 de id.—Id. de 2051, el 135 por 100 de id.—Id. de 2052, el 135 por 100 de id.—Id. de 2053, el 135 por 100 de id.—Id. de 2054, el 135 por 100 de id.—Id. de 2055, el 135 por 100 de id.—Id. de 2056, el 135 por 100 de id.—Id. de 2057, el 135 por 100 de id.—Id. de 2058, el 135 por 100 de id.—Id. de 2059, el 135 por 100 de id.—Id. de 2060, el 135 por 100 de id.—Id. de 2061, el 135 por 100 de id.—Id. de 2062, el 135 por 100 de id.—Id. de 2063, el 135 por 100 de id.—Id. de 2064, el 135 por 100 de id.—Id. de 2065, el 135 por 100 de id.—Id. de 2066, el 135 por 100 de id.—Id. de 2067, el 135 por 100 de id.—Id. de 2068, el 135 por 100 de id.—Id. de 2069, el 135 por 100 de id.—Id. de 2070, el 135 por 100 de id.—Id. de 2071, el 135 por 100 de id.—Id. de 2072, el 135 por 100 de id.—Id. de 2073, el 135 por 100 de id.—Id. de 2074, el 135 por 100 de id.—Id. de 2075, el 135 por 100 de id.—Id. de 2076, el 135 por 100 de id.—Id. de 2077, el 135 por 100 de id.—Id. de 2078, el 135 por 100 de id.—Id. de 2079, el 135 por 100 de id.—Id. de 2080, el 135 por 100 de id.—Id. de 2081, el 135 por 100 de id.—Id. de 2082, el 135 por 100 de id.—Id. de 2083, el 135 por 100 de id.—Id. de 2084, el 135 por 100 de id.—Id. de 2085, el 135 por 100 de id.—Id. de 2086, el 135 por 100 de id.—Id. de 2087, el 135 por 100 de id.—Id. de 2088, el 135 por 100 de id.—Id. de 2089, el 135 por 100 de id.—Id. de 2090, el 135 por 100 de id.—Id. de 2091, el 135 por 100 de id.—Id. de 2092, el 135 por 100 de id.—Id. de 2093, el 135 por 100 de id.—Id. de 2094, el 135 por 100 de id.—Id. de 2095, el 135 por 100 de id.—Id. de 2096, el 135 por 100 de id.—Id. de 2097, el 135 por 100 de id.—Id. de 2098, el 135 por 100 de id.—Id. de 2099, el 135 por 100 de id.—Id. de 2100, el 135 por 100 de id.—Id. de 2101, el 1